

Antía Yáñez

Xiana Teimoy

PLAN DE RESCATE

AULA
APOYO



ANAYA

Título original: *Plan de rescate*

1.ª edición: abril de 2023

© Del texto: Antía Yáñez, 2023

Derechos de edición negociados
mediante Asterisc Agents.

Todos los derechos reservados.

© De las ilustraciones: Xiana Teimoy Sánchez, 2023

© De la traducción: Antía Yáñez, 2023

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2023

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-3460-7

Depósito legal: M-25415-2022

Impreso en España — Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Antía Yáñez

Xiana Teimoy

PLAN DE RESCATE



ANAYA

ÍNDICE

1. Antes de nada	7
2. Toda historia tiene un principio	10
3. ¿Y ahora qué?	30
4. Al parecer, secuestrar un colegio es muy sencillo ...	54
5. ... pero liberarlo resulta de lo más complicado	72
6. Plan de rescate a través de un váter	91
7. Toda historia tiene un final... casi siempre	107
8. Ahora sí, el final (o no)	125

1. ANTES DE NADA

QUIERO avisaros. No vais a creeros ni una sola palabra de esta historia. Ni una mísera coma, ni un mísero punto. Alguna persona hasta podría pensar que soy una mentirosa, pero la verdad es que me da igual. Bueno, a ver: un poco sí me importa, que a nadie le gusta que le llamen eso, pero mamá me ha enseñado que es una tontería preocuparse por las cosas que no están en nuestras manos. Y que creáis o dejéis de creer que soy una embustera no es algo que yo pueda cambiar. Quiero decir: me resulta del todo imposible (tanto física como metafísicamente, o como narices se diga) meterme en vuestras cabezas y cambiar vuestros pensamientos. Lo único que puedo hacer es decir la verdad. Así que aquí la tenéis. Porque todo pasó tal y como os lo voy a contar. Lo juro. Pero un juramento de verdad, de esos de poner la mano en el corazón con mucho

sentimiento y comprometerte solemnemente, no penséis mal. No me refería a palabras malsonantes. Aunque también las hay, tengo que confesaros. Seguramente me riñan por ponerlas, pero no me parecía justo contar la historia omitiendo algunas partes. Eso se llama censura, que lo sepáis. Me lo dijo mi abuela, de cuando ella era pequeña y en los periódicos solo aparecían las noticias que querían los que gobernaban.

A lo que iba: no os vais a creer nada de la historia que viene a continuación porque en ella, de muchas, muchísimas palabrotas, también hay un secuestro, dos escopetas, un plan de rescate y bastante sangre. Sí, todo eso aparece en las páginas que ahora mismo sujetáis entre las manos. Pero tranquilidad, que también hay amistad, compañerismo, trabajo en equipo... ¡Un montonazo de cosas buenas! Incluso hay algo de... amor (¡Puaggg! ¡Qué asco! Esto no sé muy bien si es bueno o malo, la verdad).

Pues eso: no vais a creerme, avisados y avisadas estáis. Luego a otra con ese cuento. Pero necesito explicaros todo tal y como pasó.

Bueno, si vamos a presumir de sinceridad, la verdad es que no sé si necesito contároslo a vosotros o a mí misma, por eso de asumir los propios actos y que no queden traumas en un futuro, blablablá. Esa fue la charla que nos dieron los *psicólogos* después de vivir toda la «situación», como la llamaron, por si acaso los hechos de aquel día nos provocaban un trastorno en el cerebro

o algo así. La gente adulta, que ya sabéis como es de exagerada. Y si no lo sabéis, quedaos y leed esta historia. Que es la mía, pero también podría ser la vuestra. Porque... ¿quién está libre de que en su colegio ocurra lo mismo que en el nuestro? Nunca está de más prepararse de antemano para una cosa así. Por si acaso.

Uf, sí que me ha afectado lo que pasó aquel día, sí. Ya empiezo a sonar como una adulta.

Agarraos, que vienen curvas. Y quien avisa no es traidora.



2. TODA HISTORIA TIENE UN PRINCIPIO

Y ESTA empieza en un aula normal de una escuela de primaria normal, que diría casi todo el mundo. Pero yo sé que *lo normal* no existe. *Normal* es una palabra que odio, ya veréis más adelante por qué, no adelantemos acontecimientos. También odio otras, como brócoli, deberes o «porque lo digo yo y punto», pero esas no vienen al caso. Afortunadamente.

Volvamos al tema. Sobre el marco de la puerta de nuestra clase cuelga un cartel que dice así:



Y a su lado, un dibujo en el que pone exactamente lo mismo. Yo creo que es por la manía esa que tiene la gente adulta de repetírnoslo todo dos veces, como si a la primera no fuésemos capaces de entenderlo:



El aula de apoyo es, más o menos, el lugar donde de vez en cuando van los alumnos y alumnas que necesitan una adaptación curricular. Así es como se dice en idioma *profesoril*. Traducido al nuestro significa que a veces necesitamos que nos expliquen las cosas algo más despacito. ¡Que en esos grupos de más de veinte personas no hay quien entienda nada! Pero no, claro: ¿para qué usar palabras que pueda comprender todo el mundo? Mejor llamarlo «adaptación». ¡Manda narices! (esta expresión la aprendí durante el desarrollo de aquel día tan largo, pero, lo dicho, cada cosa a su debido tiempo). Pues eso. ¡Manda narices! ¿A qué teníamos que adaptarnos, puede alguien explicármelo?

Aquí lo único que se tuvo que adaptar fue la puerta para que mi silla cupiese. Vamos, abrir un pedazo agujero allí que se lió una buena. Mucho cartel y mucho tal, pero luego mira tú, es el colegio el que no cumple. Se

excusaron diciendo que el edificio era muy antiguo y que en aquella época estas cosas no se tenían en cuenta. Pues vale, todo lo antiguo que tú quieras, pero por favor, ya va siendo hora de actualizarse. Que yo sin la silla de ruedas no voy a ningún lado. Mucho menos ahora que tiene motor. ¡¡¡Ooooh, sí!!! ¡Por fin! Antes tenían que empujarme para ir a todos lados; o eso, o me impulsaba yo misma. ¡Una auténtica pesadilla! Pero no por las agujetas de los brazos, que por supuestísimo que eran un suplicio, sino por temas de... organización, digamos. Porque claro, pongamos por caso que me tocase hacer un examen: a ver quién le decía a la empuja-persona que mejor pararse un momentito en el baño, que me habían entrado ganas de hacer pis. Un poquito más, que ahora parecía que venía algo más que pis. Un ratín más. Más. Máááááás. Pues no colaba. Claro que no. Ni aunque pusiese cara de mearme mucho, muchísimo.

Ahora me siento Fernando Alonso. No por la velocidad, que también, sino por eso de abandonar la carrera a la mitad. No es mi culpa que los servicios adaptados de alumnas estén de camino al aula de exámenes. Así es muy fácil pararse allí. ¡Lo hago casi sin querer! (casi).

Lo de la comparación con Alonso es porque mis deportes favoritos son los motorizados, como comprenderéis. Que no digo yo que el fútbol esté mal, pero donde haya cuatro ruedas bien puestas, que se quite un balón.

¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Que tuvieron que agrandar la puerta del aula de apoyo cuando llegué al colegio.

Tenía tres años y (obviamente) no recuerdo nada de aquello. Me lo contaron papá y mamá. Acabo de hacer los diez, así que todo eso pasó hace siete años. Como veis, no se me dan mal las mates. A esos exámenes sí que llego puntual siempre. En aquella época, el colegio era un edificio del siglo pasado. Qué digo siglo: ¡milenio! Puertas estrechas, escalones y escaleras en sitios estúpidos (como, por ejemplo, en la entrada al comedor. ¿Qué necesidad hay de comer diez centímetros por encima del resto?), baños en los que solo me cabía una rueda, lavabos que me llegaban por la nariz... No sigo, porque la lista es interminable. Poco a poco lo fueron arreglando, claro. ¡Solo faltaba! Pero si les llevó tanto tiempo, que no me vengan ahora a mi metiéndome prisa con la *adaptación*.

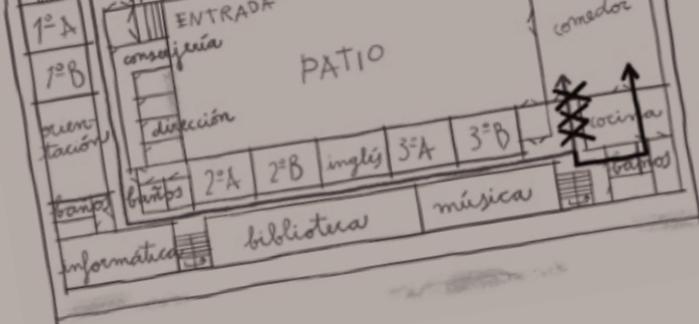
A lo que iba: que estábamos en clase de apoyo porque nos tocaba refuerzo de la grafía (ya os he dicho que a todo le ponen nombres raros). Eso es, básicamente, aprender a dibujar las letras bien claritas. Que no sé yo a qué viene tanta tontería si luego un médico escribe peor que yo con los ojos cerrados, pero en fin. Cosas de la *aduldez*. Que como nosotros no llegamos a los dieciocho años, tenemos que obedecer y punto final.

¿Y nosotros quiénes somos? Pues paso a presentaros a todo el mundo:

Primero está Xeila. Ella, con su pelo rubio-liso-siempre-perfecto. Un caso esta chica. En la época en la que pasó lo que os estoy contando no me caía mal del todo,

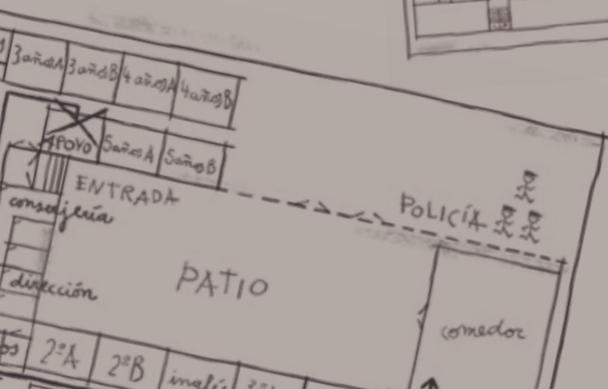
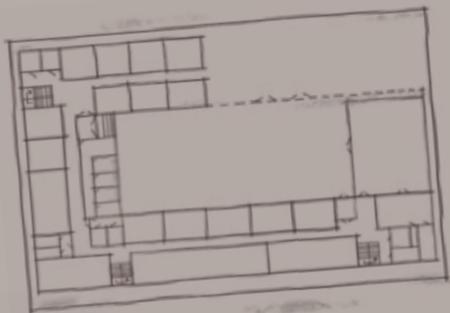
pero era demasiado presumida para mi gusto. Tiene la cabeza pequeña y las orejas en consonancia. Una suerte: las mías parecen una pista de aterrizaje. Si se pone de lado, se le ve la cara plana, pero no le queda mal. Una vez pensé que la había visto por la calle e intenté esconderme para no saludarla (ya os dije que no me caía mal del todo y eso significa que muy bien tampoco). Como comprenderéis, ocultar una silla como la mía no es una tarea sencilla, pero cuando estaba ya desesperada porque no encontraba un escondite, me di cuenta de que no era ella, sino otra chica que se le parecía mucho. Los mismos ojos, la misma nariz, el mismo cuello cortito. Además, también hablaba igual que Xeila, a la que le cuesta mucho pronunciar las erres y las eses. Algo lógico, ya que su lengua es demasiado grande y parece no caberle en la boca. ¡Por eso habla tanto la muy pesada! Probad vosotros a ponerla hacia delante, tocando los dientes de abajo, y a decir algo con ella en esa posición, a ver qué tal lo hacéis. ¿A que es difícil?

A parte de eso, poco más puedo decir de ella. Que es guapa. Y, por desgracia, lo sabe, la muy presumida. Con esas manos y esos dedos enanos que tiene no deja de acicalarse el pelo ni un segundo cuando estamos juntas en clase, mientras me mira como si dijese: «¡péinate, que mira qué pintas traes!». Yo no tengo la culpa de que mi pelo sea indomable. Tampoco es que le haga mucho caso, para qué nos vamos a engañar. Voy a perder el tiempo con el cepillo del pelo pudiendo hacer cosas mucho más interesantes. ¡Sí, seguro!



Xeila, Héitor, Aldán y Noela están trabajando en el aula de apoyo de su escuela cuando algo raro sucede: oyen un estruendo y la profe Xoana, que sale a comprobar qué ha pasado, no vuelve. ¿Dónde estará? ¿Y el resto del colegio? ¿Por qué está fuera la policía?

Prepárate para vivir una aventura con escopetas, sangre, palabrotas y hasta un plan de rescate; pero también con un poquito de amistad, compañerismo, trabajo en equipo e incluso algo de amor (puaggg, ¡qué asco!).



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-143-3460-7

1525312



9 788414 334607